

PRÓLOGO

MÁS MACABRAS

La *Coda* de la sinfonía de la inconsciencia se avecina. El grupo de percusión deja de sonar en mono para hacerlo en estéreo: del reino onírico al mundo real, última función de un corazón aletargado por el cloroformo. De eso se ha valido Prologuista, que no ha podido evitar secuestrarle y con razón. A fin de cuentas, ¿quién era él para ir solo por una calle poco iluminada, a horas intempestivas, con dos cervezas en el cuerpo y un pantalón que dejaba poco a la imaginación?

Prologuista permanece en silencio. La vena de su frente está hinchada debido a su posición anti gravitatoria; cada vez que va a liarla se sienta en el sillón al revés, observando bocabajo a sus víctimas. Gira el rostro levemente al percibir un cambio en la apacible inconsciencia de Lector, acomodándose en el butacón aparentando normalidad.

—¿Me oyes?


—Hm-mm...

—¿Qué sientes?

Un bufido a medio camino entre la incredulidad y el desconcierto se abre camino. Prologuista se da por enterada, levantando la mirada de Macabras I para poder estudiar a la víctima con atención.

La víctima.

La ira le hierve en las venas, así que la descarga con un sonoro bofetón contra el rostro del retenido; este se impulsa con violencia un par de centímetros hacia la derecha, el estrecho margen que le permiten las cinchas que aprisionan su tórax, sus brazos y sus piernas. La orquesta química se difumina todavía más, levantándose y renunciando a las partituras. La víctima parpadea para poder despejarse con rapidez, aunque no lo suficiente: un segundo golpe se avecina, Prologuista todavía piensa en la palabra víctima.



—¿Sabes? Siempre me ha dado mucho asco esa palabra. Para empezar, su estructura sonora, la ce con la te me sacan de quicio —explica, aprisionando la nariz de Lector entre su pulgar y su índice, aprovechando la coyuntura para clavar las uñas, rasgando la piel hasta extraer la primera muestra carmesí—. Además, parece que, al ser una palabra femenina, siempre será una mujer la que sufra el daño...

—Pero qué cojones...

El vestido que cubre a Prologuista es blanco, sin mangas, muy largo, tiene el vuelo ligero; Lector lo comprueba cuando su interlocutora vuelve a la butaca, provocando olas blancas alrededor de sus pies descalzos.

—... y aún peor, si la víctima es un hombre, le ha pasado “por nenaza”, por débil; menuda muestra de machismo léxico, ¿eh? O mujer u hombre que se comporta como una, olé ahí.

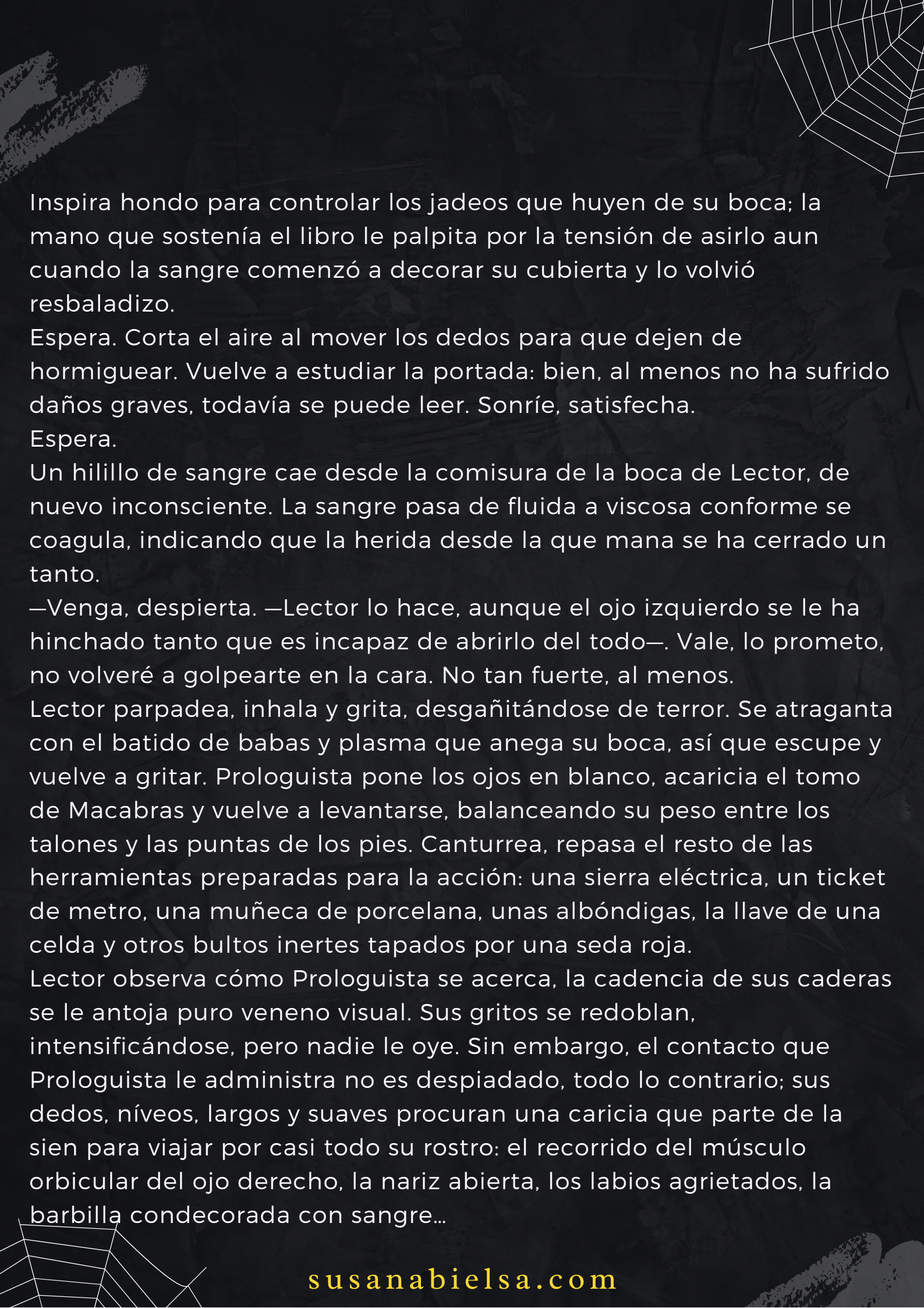
—¿Qué hago aquí?

—Por no hablar de que lleva implícito la palabra “tima”. Así pues, te pase lo que te pase, eres tú la que quiere engañar a alguien con promesas o esperanzas, según la RAE.

Silencio. Prologuista junta y separa los labios, satisfecha con el sonido hueco que extrae de tal acción. Al cabo de treinta segundos, sonríe y mira a Lector.

—Joder, estás muy loca.

Craso error. Prologuista se levanta, agarra la primera edición de Macabras y golpea el rostro otrora perfecto de Lector, el cuerpo con el que dialogaba unilateralmente. Lo golpea una y otra vez hasta deformarlo, retorcerlo, conseguir que las encías sangren al despedir una pieza nacarada. Al llegar a dieciséis impactos, tantos como relatos componen el tomo, Prologuista se detiene, deja el libro con cuidado sobre la mesita auxiliar y se derrumba sobre el sillón.



Inspira hondo para controlar los jadeos que huyen de su boca; la mano que sostenía el libro le palpita por la tensión de asirlo aun cuando la sangre comenzó a decorar su cubierta y lo volvió resbaladizo.

Espera. Corta el aire al mover los dedos para que dejen de hormiguesar. Vuelve a estudiar la portada: bien, al menos no ha sufrido daños graves, todavía se puede leer. Sonríe, satisfecha.


Espera.

Un hilillo de sangre cae desde la comisura de la boca de Lector, de nuevo inconsciente. La sangre pasa de fluida a viscosa conforme se coagula, indicando que la herida desde la que mana se ha cerrado un tanto.

—Venga, despierta. —Lector lo hace, aunque el ojo izquierdo se le ha hinchado tanto que es incapaz de abrirlo del todo—. Vale, lo prometo, no volveré a golpearte en la cara. No tan fuerte, al menos.

Lector parpadea, inhala y grita, desgañitándose de terror. Se atraganta con el batido de babas y plasma que anega su boca, así que escupe y vuelve a gritar. Prologuista pone los ojos en blanco, acaricia el tomo de Macabras y vuelve a levantarse, balanceando su peso entre los talones y las puntas de los pies. Canturrea, repasa el resto de las herramientas preparadas para la acción: una sierra eléctrica, un ticket de metro, una muñeca de porcelana, unas albóndigas, la llave de una celda y otros bultos inertes tapados por una seda roja.

Lector observa cómo Prologuista se acerca, la cadencia de sus caderas se le antoja puro veneno visual. Sus gritos se redoblan, intensificándose, pero nadie le oye. Sin embargo, el contacto que Prologuista le administra no es despiadado, todo lo contrario; sus dedos, níveos, largos y suaves procuran una caricia que parte de la sien para viajar por casi todo su rostro: el recorrido del músculo orbicular del ojo derecho, la nariz abierta, los labios agrietados, la barbilla condecorada con sangre...



El contacto termina de manera abrupta, Prologuista se mira los dedos, aproximando las cejas hacia el centro al escrutarlos de cerca. Están manchados de rojo, color que contagia por su anatomía al limpiarse en el vestido. Un resto queda, siempre queda, y decora su frente y sus mejillas cuando se aparta el pelo del rostro.

—Ahora que ya intuyes lo que me gusta y lo que no, volvamos a empezar. Ya has tenido tu dosis —señala Prologuista con una sonrisa, alzando sus dedos hacia el tomo de Macabras—, pero tienes que entender que hay más... Siempre hay más... Entender... No me times... Prologuista canturrea, danza, se inclina bailando con sus propios fantasmas, perdiendo por completo el hilo de la conversación. Lector la observa, atrapando oxígeno viciado de moho y cobre con su maltrecha nariz. Intenta librarse de las ataduras, pero Prologuista ha hecho bien los deberes: atraer, captar la atención, retener, ofrecer una pequeña parte de lo que habrá después.

—¿Qué hago aquí?


Prologuista detiene su danza, enfoca a duras penas su rostro magullado.

—Mi psiquiatra me dijo que venciera mis miedos y escribiera en un entorno seguro. Además, esto ayuda a más gente.

—¿¡Qué gente!?

—A GENTE, JODER, QUE HAY QUE EXPLICÁRTELO TODO. —Prologuista se acerca en cuestión de un parpadeo, agarra el libro y se lo pega a Lector en la cara—. NO VES QUE AQUÍ PONE BENÉFICO, REPITE CONMIGO, BE-NÉ-FI-CO, SO-LI-DA-RI-DAD —escupe, recalcando cada sílaba con un golpe en la frente.

—¿¡Por qué yo!?



—Por qué tú, por qué tú, POR QUÉ NADIE, POR QUÉ TODOS. ¿Por qué nosotras? ¿Por qué yo? ¿Por qué Laura, Marta y Diana? Pues no sé, porque alguien tenía que ser, por pura maldad, por puro entretenimiento. Y, ya que nos ponemos, que por una vez seas un tú y no un yo, ¿no te parece? —El tomo vuela hacia la mesa auxiliar, elevando un coro de repiqueteos metálicos al caer sobre la superficie—. Aunque, bueno... No estoy siendo sincera. Porque yo no estoy, pero ellas sí. Macabras; ya tienen experiencia en esto, yo estoy de aquí de paso. Aperitivo.

Prologuista se ríe, recoge el vuelo del vestido y baila otra vez.

—No sé de qué me estás hablando. Suéltame, por favor.

—¿¡No lo sabes!?! —Prologuista se sienta sobre los muslos de Lector, lame la piel que recubre su arteria carótida antes de tirar de su cabello, incorporándose hasta alcanzar la oreja y poder susurrar—: Esto es un golpe encima de la mesa, esto es mostrar nuestras cartas, esto es evidenciar que nosotras también sabemos dar miedo si nos lo proponemos, esto es un grito de rabia y terror en mitad de una noche social que se niega a ver la luz, esto es sangre, como la que ofrecemos cada mes, como la que derraman los que nos matan. Esta es la segunda parte de la función, Más Macabras.

Prologuista se separa en apenas un suspiro, da un nuevo giro, saluda a Lector con una reverencia teatral, le guiña un ojo y desaparece por la puerta. Al otro lado, su risa se funde con el silencio que llena el pasillo.

Lector se mantiene a la espera, el corazón en vilo, el sudor besándole la piel. Al cabo de ocho palabras y una coma, los pasos que preceden a once mujeres macabras se intensifican.

Vuelve la orquesta con un Larghetto lleno de acordes menores sin relación tonal, simplemente dispuestos para dar pavor.

Silencio en la sala, comienza el espectáculo.